

Acerca de la formación psicoanalítica. Entrevista a Fanny Elman de Schutt

por Pilar DE MIGUEL

Nos parece interesante plantear el problema de la formación psicoanalítica en un momento en que «lo psicoanalítico» está creciendo en nuestro medio. En un momento en el que surgen demandas de algo diferente de «lo psiquiátrico» y crece el interés hacia una teoría, una práctica y, por consiguiente, hacia una formación que durante largo tiempo ha tenido escasa difusión en nuestro país.

En estos últimos años han surgido cantidad de grupos y personas que junto a los ya existentes vienen ofreciendo un saber psicoanalítico. Sería interesante, si esto fuera posible, hacer una relación de ellos y que surgiera un debate que, por ahora, parece que se elude en aras de que cada cual haga la guerra por su cuenta.

Bajo el nombre de psicoanálisis, y sin querer agotar todas las posibilidades aparecen cosas contradictorias: los que toman de FREUD la letra, ciertas letras, ofreciendo un recetario para tener prevista cualquier situación con el paciente. Otros que tienen prisa: FREUD está superado. Hay que añadir algo más activo al psicoanálisis para llegar en poco tiempo a una práctica eficaz y de resultados brillantes. O aquellos que identifican el psicoanálisis con la Institución psicoanalítica,

planteándose la supervivencia de ésta como si fuera la del propio psicoanálisis. Quizá en el otro extremo estarían los que ven en la formalización del psicoanálisis la única manera de aproximarlo a la ciencia y evitar su manipulación adaptativa.

M. MANNONI observa, no obstante, que «el lenguaje del histérico se opone al discurso teórico que nos fascina, pero cuya perfecta formalización está muy próxima a la liquidación del inconsciente». Ella considera como posible supervivencia del psicoanálisis el hallazgo de posiciones precarias que al no consolidarse eviten la esclerosis y la inmovilización del discurso totalitario.

Decidimos conversar sobre este tema con la Dra. F. ELMAN DE SCHUTT, psicoanalista argentina que perteneció, en calidad de miembro adherente, a la Asociación Psicoanalítica Internacional a la que renunció, intentando luego una experiencia de formación diferente, que dotara de instrumentos psicoanalíticos al conjunto de profesionales que trabajaban en el ámbito de la salud mental.

Posteriormente, ya radicada en España, ha venido trabajando en los últimos cinco años en Madrid y Barcelona en clínica psicoanalítica y en la ta-

rea de formación extrainstitucional de psicoanalistas.

— *Plantear el problema de la formación en psicoanálisis es plantear el de la transformación psicoanalítica y el misterio de ésta. ¿Qué se puede decir ahora, en 1981, acerca de la formación psicoanalítica?*

F.S. La formación es hoy día uno de los problemas más importantes del psicoanálisis. Ha sido el motivo central de prácticamente todas las escisiones, rupturas, renunciaciones y disoluciones producidas en el seno de las diferentes instituciones psicoanalíticas en los últimos treinta años, y del profundo malestar que suscitan entre los psicoanalistas las contradicciones insolubles que se plantean entre la formación psicoanalítica y las instituciones. ¿A qué se debe todo esto? Por la especificidad de su campo la formación psicoanalítica difiere de otras formaciones universitarias o profesionales. En principio no es reducible a la enseñanza de una teoría ni al dominio de una técnica sino que se trata, fundamentalmente, de una transmisión en y por la transferencia de un saber ignorado, saber del inconsciente. Esto exige como condición básica para el futuro psicoanalista que, además de estudiar la teoría psicoanalítica y supervisar su práctica clínica, deba pasar por la experiencia de un psicoanálisis personal.

Si la formación psicoanalítica es un proceso que capacita para una tarea, que implica al sujeto de la misma en una permanente y radical interrogación que le atraviesa y que es como el psicoanálisis mismo interminable, entonces el término formación es cuestionable en tanto que remite a la idea de un «formarse» de una vez para

siempre, en «conformidad» con un supuesto modelo ideal.

— *¿En qué consiste la formación psicoanalítica?*

F.S. Estoy de acuerdo con Piera AULAGNIER en definir la formación psicoanalítica como «el conjunto de los procesos de habilitación que conducen a la producción de psicoanalistas». Tanto en sus modalidades institucionales o extrainstitucionales, ya sea que predomine la perspectiva freudiana, kleiniana o lacaniana estos procesos son: el psicoanálisis personal, los seminarios teóricos y la así llamada supervisión clínica.

— *¿Consideras que estos tres procesos deben ser simultáneos o habría un cierto orden preferente?*

F.S. Las instituciones psicoanalíticas que continúan a la creada por FREUD establecen un orden prefijado con una serie de normas y plazos bastante estrictos. Exigen, primero, un psicoanálisis «didáctico» que, previas entrevistas de selección y luego de un plazo determinado, autoriza la asistencia a los seminarios teóricos y, por último, la supervisión clínica. En esto siguen una tradición que data de los primeros tiempos, cuando FREUD recomendaba a los futuros analistas no hacer lecturas previas de psicoanálisis antes de psicoanalizarse para impedir el desarrollo de resistencias de tipo intelectual. Pero esto, que es discutible porque las resistencias no surgen sólo de este tipo de lecturas, correspondía también a un momento en que el psicoanálisis estaba mucho menos desarrollado y difundido, y los análisis didácticos eran muy breves, sólo duraban semanas o meses. Todas estas condiciones se han modificado mucho en la actualidad, por lo que ha perdido sentido esta exigencia y, de

hecho, muchas personas llegan al psicoanálisis personal luego de haberse aproximado al conocimiento teórico psicoanalítico y esto es tan válido como los que comienzan por su psicoanálisis y los que lo hacen simultáneamente.

Hay que diferenciar en esto, como en otros temas, cuáles son los requerimientos de la formación que tienen que ver con el psicoanálisis y cuáles derivan sólo de la dinámica interna de las instituciones, que si bien han nacido para proteger al psicoanálisis terminan privilegiando ciertas modalidades de su propio funcionamiento.

—*Hablas de psicoanálisis personal y de psicoanálisis didáctico. ¿Qué diferencias hay entre ambos?*

F.S. Se ha creado un mito en torno al psicoanálisis didáctico, cuando no es más que un psicoanálisis personal que recibe este nombre cuando el analizado es un «candidato» a psicoanalista. Su metodología no difiere en absoluto de la de cualquier otro análisis. Para FREUD, que lo recomendó como condición para ser psicoanalista en el congreso de Nuremberg de 1910 y lo instituyó como exigencia básica una vez creado el primer instituto de psicoanálisis, su fin era «convencer de la existencia del inconsciente y de tener acceso a una experiencia transferencial». Convencimiento y acceso necesariamente incompletos. En la actualidad su diferencia consiste sólo en que es realizado dentro de una institución psicoanalítica por un miembro jerárquico de la misma que ostenta el nombre de didacta o titular con funciones didácticas y que, generalmente, también ejerce funciones docentes y de gobierno en la institución. Se convierte así en un primer paso obligado de una «carrera» que va a

culminar en la obtención de un título y de una pertenencia.

LAPLANCHE señala el problema teórico técnico inherente al concepto mismo de psicoanálisis didáctico y a su institucionalización, por el hecho de tratarse de «un psicoanálisis dirigido a una finalidad particular y tan destacada como la de obtener de una institución una autorización para considerarse psicoanalista». ¿Cómo impedir que un psicoanálisis en estas condiciones se convierta en un trámite o en un rito y que toda la formación pueda tener mucho de simulación?

—*Parece que en tal situación habría alguien investido de una jerarquía y que detentaría un «saber», el psicoanalista formado, y otro el «aspirante», que carecería de él.*

F.S. Con respecto a lo que dices del saber, todo el proceso psicoanalítico consiste precisamente en el pasaje doloroso del «sujeto supuesto saber» que funda la transferencia, o sea, de un saber que tiene sujeto a otro saber, que supone la castración simbólica, y toda idea de que hay alguien investido no sólo de un saber sino del poder de seleccionar y juzgar quién puede o no llegar a ser psicoanalista constituye una desvirtuación del psicoanálisis mismo.

—*Me parece que ya nos estamos metiendo de lleno en la aventura de la formación psicoanalítica, pero antes me gustaría que habláramos de las condiciones previas. ¿Qué puede suponer proceder de la psiquiatría o venir de otro campo? ¿Qué puede significar un lastre para enfrentarse con el psicoanálisis?*

F.S. FREUD defendió el psicoanálisis profano en un artículo que lleva este título y que escribió movido por el deseo de proteger a T. REIK acusa-

do «de ejercicio ilegal de la medicina» y preocupado porque el psicoanálisis fuera monopolizado por la medicina y convertido en una rama más de ella. Pero FREUD mismo era médico y muchos de sus discípulos lo fueron; LACAN también fue médico y psiquiatra antes de acceder al psicoanálisis, mientras otros eminentes psicoanalistas como M. KLEIN u Otto RANK provenían de otras formaciones. Con lo cual quiero decir que se llega al psicoanálisis por distintos caminos y que ninguno en sí es garantía suficiente ni tampoco obstáculo «a priori». Creo que lo fundamental no es el título que se posee sino la ecuación personal y, en particular, la relación que se haya establecido con el saber adquirido previamente; podríamos decir, esquematizando, que cuando mayor es la autosuficiencia en virtud de la formación previa o de la no formación previa, menor permeabilidad para el proceso psicoanalítico. Por lo tanto, no existen condiciones previas óptimas. Ni en las instituciones ni fuera de ellas existe acuerdo sobre este punto. No existe un modelo de psicoanalista ideal. Y es en el mismo proceso psicoanalítico, en sus efectos y en las consecuencias de su práctica donde los psicoanalistas se podrán reconocer como tales.

—¿Quieres decir que se proceda de donde se proceda tiene que haberse producido una crisis y una ruptura con esquemas previos?

F.S. Sí, por supuesto.

—Me gustaría que hablases de la relación que se da entre los diferentes niveles de la formación psicoanalítica: psicoanálisis, estudio y supervisión.

F.S. Me alegro que me hayas hecho esta pregunta porque creo que existe la idea generalizada de que el

psicoanálisis personal trata del propio inconsciente, la supervisión del inconsciente del otro, «el paciente» y el estudio teórico del inconsciente en abstracto. Esta división en compartimentos estancos ha favorecido la disociación entre la teoría y la práctica que marchan muchas veces por caminos divergentes y cuyo resultado es que no se enseña lo que se hace ni se hace lo que se enseña.

El psicoanálisis es, como lo define FREUD, una teoría, un método y una técnica y es, pues, en todos sus niveles, una articulación teórico-práctica. Si no, se convierte en un discurso dogmático alejado de la práctica o en una práctica ritualizada disociada de la teoría. Es importante enfatizar que en los escritos aún más teóricos y aparentemente más especulativos de FREUD hay siempre una referencia explícita o implícita a la práctica. Por lo tanto, la articulación teórico-práctica se hace en los seminarios teóricos desde la teoría y en las supervisiones desde la práctica.

—Los escritos de FREUD sería el punto de partida y el lugar donde siempre habría que volver. También es cierto, creo que la lectura de FREUD puede enriquecerse con otros aportes teóricos diferentes del campo psicoanalítico.

F.S. Alguien puede pensar que leer a FREUD es anacrónico y que hacerlo obedece a una tradición o a un respeto reverencial habiendo autores más «modernos» que ofrecen ventajas. Cuando, por el contrario, la lectura de FREUD es parte de eso que tú llamas la aventura de la formación psicoanalítica, tiene plena vigencia y ofrece la posibilidad de una experiencia muy viva de redescubrimiento. Sus escritos, además, resultan indis-

pensables para entender, valorar y discriminar todo lo que se ha escrito a partir de ellos. Pero comenzar y privilegiar los escritos de FREUD no quiere decir limitarse a ellos. Porque además de otros desarrollos psicoanalíticos importantes está lo que pueden aportar otras disciplinas, por ejemplo la mitología, la historia de la civilización, la historia de las religiones, etc.

FREUD se proponía, al abrir las puertas del psicoanálisis a personas provenientes de otros campos, precisamente enriquecerlo y rescatarlo de cualquier monopolio restrictivo.

Esto, no obstante, no legitima a ciertas propuestas caóticas de «cursos de psicoanálisis», cuyos programas ofrecen en el más completo desorden la superposición de distintos autores y escuelas en el afán de generar la ilusión de que tienen todo el saber y lo pueden suministrar en poco tiempo. Lo que logran en verdad es producir una gran confusión porque en este caso la simple acumulación de conocimientos más que sumarlos los resta.

—¿Cómo hacer esta lectura?

F.S. Se trata de hacer una lectura al margen de la cronología, que siga el desarrollo de los conceptos. Ciertos conceptos fundamentales del psicoanálisis, como la castración, el complejo de Edipo, la sublimación, hay que rastrearlos a lo largo de toda la obra de FREUD y componerlos, pues no hay un solo artículo en el cual se agoten los diferentes matices de cada uno de ellos. Se trata de una lectura no literal sino crítica, rigurosa pero no dogmática, de una lectura interpretativa, de una lectura psicoanalítica. Se trata más que de buscar definiciones, de interrogar estos textos tan ricos en ideas y tan heterogéneos, desde la po-

sibilidad que tenemos de hacerlo a la luz del conocimiento global de toda esa obra y de otros desarrollos que se hicieron posibles a partir de ella y de la importación de conocimientos de otros campos, como el de la lingüística o el de la antropología.

Pero también es importante el contexto de la lectura. Hacerla en grupos pequeños que trabajen tipo seminario coordinados por un psicoanalista que haya trabajado previamente la obra de FREUD. Porque FREUD se puede enseñar en clases magistrales pero no se aprende de esta manera, sino que requiere la discusión en grupos con participación activa de todos sus integrantes. Grupos en los cuales se facilite por parte del coordinador el que surjan los interrogantes, los cuestionamientos, que se puedan soportar las incertidumbres y que se puedan elaborar las resistencias produciendo así cada grupo su propio discurso psicoanalítico.

—*En relación con las resistencias al psicoanálisis ¿cómo crees que se presentan éstas en el estudio? y, al mismo tiempo, ¿puede haber una lectura sin resistencias?*

F.S. No hay transmisión del psicoanálisis sin transferencia, y, por lo tanto, sin resistencias; podríamos entendernos mucho en éste, como en otros puntos que tocan temas esenciales del psicoanálisis pero me limitaré a responder que no puede haber lectura fecunda, productiva del psicoanálisis sin resistencias y a destacar las formas en que éstas se presentan. Lo que comúnmente consideramos resistencias en otros niveles del aprendizaje: bloqueos, rechazos, dificultades de distinto tipo para comprender lo que nos es enseñado son aquí inevi-

tables. Y es muy importante que emerjan libremente y que ni enseñante ni enseñados las censuren. Pero las resistencias adoptan otras formas, casi lo opuesto a lo dicho anteriormente y aparecen como una comprensión muy rápida, casi inmediata, una «apropiación» del conocimiento sin una suficiente elaboración, sin ninguna crisis en relación con él. Esta resistencia, que pasa desapercibida como tal produce, yo diría, pseudo-psicoanalistas dogmáticos que se escudan en un cierto prestigio y brillantez del discurso psicoanalítico para circular infatuados por el territorio del psicoanálisis gozando de una especie de inmunidad diplomática que pretende les proteja para siempre de la herida narcisística que el psicoanálisis implica. Se consagra así un tipo de lenguaje más o menos sofisticado, una jerga que pocos entienden, sólo los «iniciados», un discurso sin fallas, una postura en fin que usufructuando el conocimiento que produce el psicoanálisis nada tiene que ver con él. Hay ciertas «palabras mágicas» que se repiten, que se reiteran con tal sobrecarga de sentido que ya casi no quieren decir nada, porque sólo parecen servir al intento de mostrar que su uso funciona como el de una llave maestra del tesoro que encierra el saber psicoanalítico. Todo esto tiene que ver con una fetichización del saber y con la cuestión del poder que otorga todo saber.

— *¿Qué lugar ocupa la supervisión en la formación psicoanalítica? ¿Qué piensas acerca de ella?*

F.S. En primer lugar habría que aclarar que bajo el nombre genérico de supervisión se confunden distintos tipos de actividades y que es importante hacer una cierta discriminación entre ellas. Además de las supervisio-

nes que son fundamentalmente consultas clínicas o confrontaciones entre psicoanalistas de diferentes tendencias, está la supervisión que se ejerce como «control» por parte de las instituciones psicoanalíticas y que es un requisito de «una carrera».

La escuela lacaniana y otros, han considerado que la supervisión que es parte de la formación psicoanalítica no debe ser un control sino un acto psicoanalítico, un segundo análisis, análisis de control destinado sobre todo a despejar los prejuicios con los cuales el psicoanalista puede llegar a perturbar su práctica clínica. Esta modalidad de supervisión que va a centrarse en el psicoanálisis podríamos decir de la contratransferencia del supervisado es muy importante para la formación.

Me parece importante destacar, además, el papel que juega en la formación del psicoanalista otro tipo de supervisión, que adoptando no sólo la forma bipersonal sino también la grupal, se abre como un espacio de reflexión sobre la clínica, como el lugar privilegiado desde el cual se interroga el psicoanálisis a través de la práctica clínica tratando de eludir los inconvenientes tanto de la supervisión control, de la supervisión como segundo análisis o de la supervisión juicio.

Considero además que se puede hablar de supervisión psicoanalítica cuando se logra superar la necesidad inmediata de aprobación o ayuda y se puede llevar entonces el relato de un tratamiento que aparentemente funciona sin problemas, para, a pesar de esto o por esto mismo, indagar más en él y detectar, por ejemplo, una posible complicidad narcisista tan confortable como sorda y ciega.

— *Sería deseable, pues, poder conservar una libertad e independencia al margen de ciertas imposiciones, ya sea de una teoría dogmática, ya sea de una práctica «controlada» e, incluso, de sentirse obligado a dar una buena imagen. ¿Qué intentos se han hecho en este sentido? ¿Cuáles serían también sus límites?*

F.S. Se han ido creando una diversidad de instituciones bajo formas de escuelas, institutos, etc., que han intentado superar muchas de aquellas contradicciones, ofreciendo alternativas y que, al cabo de un tiempo, han reproducido los mismos problemas, lo cual plantea serios interrogantes acerca de esta conflictiva relación entre psicoanálisis e institución, que ya ha sido tema de numerosos trabajos.

Por otra parte, se ha ido generando un espacio extrainstitucional constituido por psicoanalistas que trabajan en la formación psicoanalítica al margen de las instituciones. Este espacio tampoco es una garantía en sí mismo pero amplía la cantidad de opciones que se abren al aspirante a ser psicoanalista más allá de los esquemas de funcionamiento más o menos rígidos y restrictivos de las distintas instituciones.

— *¿Podríamos, quizá, ver las alternativas que se han planteado para obviar estos inconvenientes? Por ejemplo, la experiencia del «pase» y lo que representa el «autorizarse a sí mismo». Y por fin, ¿se puede hablar de quién puede garantizar la formación psicoanalítica?*

F.S. El «pase» es una propuesta que hizo LACAN en 1967 en la escuela que fundó al ser separado de la Asociación Psicoanalítica Internacional, como alternativa a los métodos tradicionales de la promoción psicoanalítica.

Muy en relación con el concepto de «autorizarse a sí mismo» representó un cambio fundamental en la noción de proceso psicoanalítico con fines de formación.

En primer lugar representa un riesgo: el que implica pasar de la posición de psicoanalizado a la de psicoanalista por un acto psicoanalítico y no por una sanción burocrática. El procedimiento consistía en dar testimonio de un psicoanálisis que va llegando a sus etapas finales. Esta experiencia era transmitida a otros psicoanalizados en situación similar y no a psicoanalistas consagrados (buscando disminuir así las transferencias imaginarias potenciadas por las posiciones de poder) y, finalmente, a un «jurado de confirmación».

Ahora bien, a pesar de toda su originalidad y lo que tiene de rescatable desde el punto de vista teórico, en su aplicación aparecieron una serie de problemas. Como M. SAFUAN ha señalado, poco a poco se fue desvirtuando y convirtiéndose en una cuestión de pura prestancia narcisista.

Respecto a quién garantiza la formación, hay que partir de que el psicoanálisis no puede ser monopolio de nadie y no hay una «formación ideal». Hay instituciones que ofrecen la «garantía» de una pertenencia, pero esto no garantiza el que se pueda llegar a ser psicoanalista. Existen personas que necesitan de una institución que los avale y otras que pudiendo prescindir de ella van haciendo su propio camino. Corren el riesgo de llamarse psicoanalistas a través de una relación dinámica y permanente, marcada por el deseo con el psicoanálisis mismo. Alguien ha señalado, y yo lo suscribo, que el psicoanálisis se desarrolla y el psicoanalista también cuando sobre la

relación más o menos transferencial con los otros psicoanalistas más o menos imaginaria con las instituciones predomina la relación con el psicoanálisis mismo.

Hay una frase de GOETHE que cita

FREUD que tal vez sirva como síntesis de lo que quiso decir acerca de la transmisión y la formación psicoanalítica: «Aquellos que has heredado de tus padres conquistalo para poseerlo».